

EL RACDAL DE LA LECTURA

LL
188
TRI

NA 11
67



00083198



EL
365

RAUDAL DE LA LECTURA

POR LOS

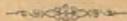
SEÑORES TRIAS, SABATER Y MONTOY



6785

Obra de texto en Buenos Aires

11. EDICION



BUENOS AIRES

LIBRERÍA Y PAPELERÍA LA PUBLICIDAD

DE MANUEL RENÉ

1881

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS Nacionales de Maestros

Es propiedad de D. Manuel Reñe
en la República Argentina.

Manuel Reñe

PRIMERA PARTE.



§ I. Frases compuestas de palabras monosílabas.

Hay Dios.

Hay bien.

Hay mal.

Hay ley.

**Bien es lo que
es de ley.**

Lo que no es
de ley es el mal.

Quien vá en
pos del bien dá
con el bien.

El que vá tras
del mal dá por
fin con el mal.

A Dios se le
ha de ver con la
luz de la fé.

Si no hay luz
cual la luz del
sol, no hay sol
cual el de ver á
Dios, que es la fé.

El sol de la fé
no dá gran luz á
quien vá en pos
del mal.

No hay fé en
quien vé en el

mal el bien y en
el bien el mal.

La fé en Dios
es lo que nos ha
de dar la paz y
con la paz el
bien.

Haz el bien,
más que por ser
bien, por ser ley
de Dios.

Dá al rey lo
que es del rey y
á Dios lo que es
de Dios.

§ II. Frases compuestas de palabras
agudas.

Dios es señor
de lo que creó.

Ningun sér
po drá ja más
igualar á Dios,

ni en bondad, ni en saber, ni en poder.

Dios por su bondad sin par dió el sér á nuestro padre Adán y con él á la humanidad.

Dios colocó á Adán en un

gran jardín y le proporcionó mujer con quien vivir feliz.

La obligación de Adán en el jardín fué observar la ley de su Señor Dios.

Adán quebrantó la ley de

su Señor, por lo que, á más de perder el bien, sufrió infeliz el rigor del mal.

Dios se compadeció de Adán en su dolor y contrición, y prometió enviar á la humanidad

un Redentor, es á saber, al Hombre Dios.

La humanidad se esclavizó por la mujer, mas por la mujer recobró despues su libertad.

Por la virtud de Dios la mujer concibió y parió á Jesús, el cual, tras predicar la virtud, padeció y murió en la cruz por amor á la humanidad.

Jesús resucitó, fundó su re-

li gion y as cen-
dió á su mansion
celestial, de la
que descenderá
despues de la re-
sur reccion uni-
versal y nos ven-
drá á juzgar en
Jo sa fat.

La reli gion de
Jesús no llega-

rá jamás á pe-
re cer, pues así
lo prometió su
Autor á los que
nos dejó con la
mision de diri-
gir y multipli-
car la cristian-
dad.

§ III. Frases compuestas de palabras monosílabas y de polisílabas graves.

**Dios es el sér
supremo.**

**No hay más
que un Dios ver-
dadero.**

**El verdadero
Dios es uno en
substancia, pero
trino en perso-
nas.**

Dios es trino, puesto que hay en Él tres personas distintas.

Dios siendo trino es igualmente uno, pues las tres divinas personas no forman más que una sola natu-

ra le za di vi na.

Dios no tie ne
na da de lo que
lla ma mos cuer-
po ó ma te ria, y
por lo mismo no
tie ne di men sio-
nes, fi gu ra ó co-
sa que pueda
dis tinguirse con
los sen ti dos.

Dios se encuentra en el cielo, y en la tierra, en todos los espacios del universo, que llenaría men- te, puesto que es inmenso.

Dios ha existido siempre y

su existencia no
puede ménos
de conservarse
inalterable por
todos los siglos
de los siglos.

Dios es infinitamente
sabio,
y omnipotente,
pudiendo con
sola su palabra

dar la existencia á innumerables mundos, con infinitas criaturas.

Dios es sumamente bueno, pues sobre habernos dado el sér, quiso redimirnos á costa

de su sangre y
abrirnos las
puertas de la
gloria, cuando
por nuestra culpa
nos hicimos
esclavos del de-
monio, quebran-
tando la divina
ley.

§ III. Frases en las cuales no se encuentra ninguna palabra esdrújula.

El hombre es un compuesto de dos sustancias, una material y otra espiritual.

La sustancia material del hombre es el

cuerpo, esta especie de aparato que forman la cabeza, el tronco y las extremidades, compuesto de huesos, carne, nervios, sangre y humores.

La sustan-

cia espiritual,
que es nuestra
alma, no tiene
cuerpo, figura,
color ni cosa
que se parezca
á materia, sien-
do por lo mis-
mo indestructi-
ble: y se mani-
fiesta principal-

mente por el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad, que son sus más nobles facultades.

El conocimiento, y por consiguiente la responsabilidad del bien y del

mal, per te ne ce
exclusivamente
al alma y de
ninguna mane-
ra al cuerpo,
pues este no es
otra cosa que
un instrumen-
to de aquella,
bien que más
dispuso siem-

pre á practicar el mal que á obrar el bien.

La propension al mal que en nosotros sentimos, proviene del pecado de nuestro padre Adán, y puede corregirse por

medio de una
educacion ver-
da de ra men te
cristiana, sin
que pueda re-
empla zar á es-
ta, otra cualquie-
ra educa cion
que no recono-
ca por su princi-
pal fundamento

la divina gracia.

Nuestra alma no muere con el cuerpo, sino que le sobrevive para gozar eternamente de una gloria indecible, ó para sufrir por todos los siglos de los

siglos los más horrosos tormentos, segun por las respectivas obras nos hayamos hecho merecedores de la amistad de Dios, ó de su reprobacion eterna.

SEGUNDA PARTE.



§ I.

Los hombres, los animales y las plantas viven sumergidos en una inmensa cantidad de gases y vapores que envuelven por todas partes á la tierra; y esta reunion de gases y vapores es lo que ha recibido el nombre de

atmósfera terrestre. Dos de estos gases unidos forman el aire que respiramos, y con el aire andan mezclados los demás gases y vapores que se desprenden de la tierra.

El aire, que sirve para la respiracion, es tambien el medio por el cual llegan á nuestro oido los acordes sonidos de la música, los alegres cantares de las avecillas, las palabras de nuestros semejantes y todos los demás sonidos que podemos percibir.

Como una piedra cuando

cae en un estanque produce en el agua unas ondas circulares que van extendiéndose hasta chocar con las paredes que sirven de confin á la superficie; así las vibraciones de los cuerpos sonoros producen en el aire ondulaciones, que van dilatándose hasta que llegan á impresionar con más ó ménos fuerza el interior de nuestras orejas, donde reside el sentido del oído.

Las flores y otras sustancias aromáticas despiden partículas olorosas,

que tambien el aire se encarga de transmitir al interior de nuestra nariz, que es el lugar en donde tenemos el sentido del olfato.

§ II.

La falta de calor convierte el agua líquida en un sólido que llamamos hielo; por este motivo en las frias mañanas del invierno la superficie de las aguas de los depósitos se encuentra tan endurecida, que en algunos casos puede uno pasearse por

encima sin peligro de sumergirse.

Aquella especie de humo que sale de una olla de agua hirviendo, no es otra cosa que la misma agua que se transforma en vapor á impulso del calor que le dá el fuego que arde debajo, de modo que con la acumulacion del calor, el agua líquida pasa al estado de gas y se marcha á la atmósfera.

Si el vapor de agua que iria formándose acumulando siempre más calor no pudiera salir de la

olla por estar herméticamente cerrada, adquiriría una fuerza tal que llegaría á romper las paredes de la olla, por más que fuera construída del metal más resistente: hé aquí la fuerza que mueve las prodigiosas máquinas de la industria, que arrastra la locomotora de los ferro-carriles con una prodigiosa velocidad y que obliga á los buques á marchar al través de las encrespadas olas del Océano, que se oponen á su paso.

Los vapores acuosos cuando están en mucha abundancia en la atmósfera, se presentan generalmente flotando en grandes masas de diferentes formas y colores, á las que se dá el nombre de nubes, de las cuales por varias causas y principalmente por enfriamiento desciende el agua, ya líquida en forma de lluvias, ya coagulada en forma de nieves y granizos.

La lluvia dá vida y lozanía á la vegetacion, no

precisamente porque el agua sea un alimento de las plantas, sinó porque estas no pueden absorber por sus raíces las sustancias nutritivas cuando no están disueltas en agua: por esta razón con la sequedad se ponen mústias, se secan y mueren.

La nieve con ser tan fría, sirve de abrigo á los campos que cobija, impidiendo que la tierra pierda el calor que tiene, pues el color blanco refleja los rayos de calor y los devuelve á los mismos ob-

jetos que los despiden.

¿Sabeis por qué se empañan en invierno los cristales de las vidrieras que sirven de resguardo á nuestras habitaciones? Porque el aire caliente que está dentro contiene una cantidad de agua en estado de vapor, y este vapor con el contacto de los cristales que están frios, pierde el calor y vuelve á ser agua, la cual por su propio peso se desprende del aire y se deposita en los cristales.

En las mañanas de estío

se ven brillar sobre las verdes hojas de las plantas gotitas de agua que el aire ha depositado allí por la noche; porque la tierra perdiendo su calor durante la ausencia del sol, enfria despues con su contacto el vapor de agua contenido en las capas de aire que se rozan con su superficie y entónces este vapor se hace agua líquida y forma lo que designamos con el nombre de rocío.

Esta misma agua que se desprende del aire, queda

helada en las frescas mañanas de otoño y forma la escarcha que tapiza la yerba con su color blanquecino.

§ III.

Cuando nos colocamos frente de un espejo comun, se nos figura ver dentro y á la misma distancia á que nosotros nos hallamos del espejo, otra persona idéntica á la nuestra, que imita todas nuestras acciones y todos nuestros gestos; lo cual procede de que los rayos de luz que

bañan nuestro cuerpo, van á dar en la superficie del espejo y esta los refleja; de modo que vienen á formar nuestra propia imágen en nuestros ojos, en los cuales reside el sentido de la vista.

Pero si detrás del cristal del espejo no estuviera pegado aquel metal blanquecino que llamamos mercurio, en vano buscaríamos en él nuestra imágen, puesto que el cristal, siendo un cuerpo diáfano ó transparente, dá paso á la mayor parte de los ra-

ynos luminosos que inciden en su superficie, y así no puede devolver á nuestra vista los rayos que dibujarian en ella nuestra figura.

La luz blanca del sol está compuesta de siete colores, que son: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo, y violado, y de su combinacion y de su mayor ó menor intensidad resulta la infinita variedad de colores que percibe nuestra vista en los objetos de la naturaleza.

Al atravesar la luz por un cuerpo transparente, cambia de direccion y lo que es más, en este cambio á veces se desvian más los rayos de un color que los de otro, segun sea la estructura del cuerpo diáfano que atraviesan; de ahí es que si se hace pasar la luz al través de un prisma de cristal, aparecen á la otra parte los siete colores que la componen, y de ahí tambien que muchas veces el sol dibuja en la parte opuesta un gran arco matizado con

los mismos siete colores; porque sus rayos atraviesan las gotitas de agua de las nubes y refractándose forman el vistoso fenómeno llamado arco íris.

Á la luz debe la yerba del campo su color verde y el cielo su hermoso azul; todos los objetos sus variados colores; porque los cuerpos, segun sea su estructura, absorben unos y reflejan otros de los siete colores que componen la luz blanca, de lo cual procede tanta diversidad de tintas, desde el negro del

azabache que absorbe los siete rayos colorados, hasta el campo de la nieve que los refleja todos.

Cuando los objetos son extremadamente pequeños, para hacerlos perceptibles á nuestra vista, nos valemos de un instrumento que amplifique su imágen diminuta, llamado microscópio; por medio del cual hasta podemos percibir la organizacion de animales pequeñísimos

Asimismo tenemos un instrumento que nos permite ver los objetos colo-

cados á enormes distancias, que se llama telescopio, por cuyo medio los astrónomos cada dia van descubriendo en el espacio nuevos planetas, que se habian escapado á su vista, ántes de haber perfeccionado los instrumentos ópticos.

§ IV.

Indudablemente habréis visto alguna vez una saeta de fuego que aparece y desaparece instantáneamente en medio de una nube tempestuosa y os ha-

bréis llenado de terror al oír el espantoso estruendo que sigue á la aparicion de aquella llama vivísima; pues bien, aquella ráfaga de luz que llamamos relámpago y aquel espantoso ruido que se denomina trueno, son producidos por la electricidad; el mismo flúido que produce aquel terrible meteoro llamado rayo, que hiende las más fuertes rocas, funde y volatiliza los metales y dá una muerte instantánea á los animales y al hombre.

Sin embargo, el hombre estudiando los efectos de este poderosísimo agente de la naturaleza, ha visto que existen sustancias por las cuales pasa con preferencia el flúido eléctrico y otras que no le dan paso; por lo tanto después de averiguar cuales son los cuerpos buenos conductores de la electricidad y cuales los malos conductores, ha podido sujetar á su placer esta terrible fuerza para desviarla de donde pudiera causar daño.

Y no es esto todo, sino que por medio de la observacion ha descubierto que la electricidad reside en todos los cuerpos: que puede ser reunida ó dispersada; que al través de un buen conductor camina medio millon de leguas por segundo; y de ahí es que, sirviéndose de ella en los telégrafos, ha llegado al milagroso resultado de poder transmitir las noticias de un lugar á otro lugar que está á inmensa distancia, con una velocidad inconcebible.

§ V.

El hombre cede en fuerza material á muchos animales; pero su inteligencia no sólo le dá medios para resistir á los más fieros; si que tambien para sujetarlos á todos á su dominio y servirse de todos para sus necesidades y para su regalo; sin que puedan sustraerse á su poder ni los que moran en estériles desiertos ó en bosques inaccesibles, ni los que se remontan hasta las nubes, ni aún

los que surcan las insondables profundidades del Océano.



El caballo que es un animal de formas esbeltas y de noble instinto, es uno de los mejores servidores del hombre, pues proporciona recreo al opulento, comparte con el soldado las fatigas y peligros de la guerra, sirve al negociante para transportar sus mercancías y ayuda al labrador en las faenas del cultivo. La hembra del caballo es la yegua,

la cual pare cada vez un sólo hijo llamado potranco.

No solamente se utiliza el hombre del caballo durante los veinticinco ó treinta años que vive, sino que aún despues de su muerte saca provecho de sus despojos, especialmente de su cuero, para varias industrias.



No hay animal más sóbrio ni más sufrido que el asno; sin embargo estas cualidades que deberian darle mayor estima, hacen que la gente

le mire hasta con desprecio, pues estando por ellas al alcance de las fortunas más modestas, suele encontrarse siempre en la casa del pobre, y no es el vulgo para apreciar lo que en general no cuesta mucho. Con todo, hagan ó no mérito de sus cualidades, ello es cierto que presta grandes servicios, pues exige poco regalo, trabaja mucho, conoce á su amo y anda con seguridad hasta por los terrenos más escabrosos. Tal vez un sólo defecto se le

atribuye con justicia y es el ser testarudo. La leche de burra es muy estimada como medicamento en ciertas enfermedades.

El mulo, de carácter algo terco, es ménos delicado en la comida y ménos sujeto á enfermedades que el caballo y de mucha más fuerza que el asno.



El buey es muy avieso é indócil cuando toro, pero fuera de este estado es manso y sumiso por demás. Su mucha fuerza le hace un excelente animal

de tiro y muy á propósito para la labranza. Se alimenta de yerba y de grano; come bastante aprisa porque engulle la yerba á medio mascar y despues se echa y hace la rumia, esto es, hace volver á su boca los alimentos que ha tragado, para mascarlos detenidamente. Cuando ya sus fuerzas se agotan por la vejez se le ceba, y entónces no sólo se utiliza su carne para nuestro alimento, si que tambien se aprovechan sus astas, su piel y sus demás des-

pojos para varios usos importantes. La vaca, que es la hembra del toro, á más de prestarnos los mismos servicios que el buey, nos dá excelente leche que nos sirve de nutritivo alimento, ya se tome sin preparacion alguna, ya se convierta en manteca ó queso.



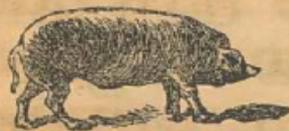
De la oveja todo se aprovecha: sus lanas nos dan riquísimos vesti-

dos; su carne sabrosa comida: su leche, como la de vaca, sustancioso

alimento, y su estiércol excelente abono para los campos. El macho de la oveja se llama morueco, que se castra para engordarle y entónces toma el nombre de carnero.

La cabra no es tan mansa y sufrida como la oveja; tiene un genio muy vivo y hasta caprichoso, y le agrada pastar en los lugares más escabrosos y elevados. Tambien se come su carne y se aprovechan sus despojos: de su pelo se fabrican hermosos vestidos. Su leche es muy

sana y nutritiva, por cuya razon la cabra sirve muchas veces de nodriza á los niños, y entónces nada más admirable que ver la paciencia con que se presta á amamantarlos y el cariño que les manifiesta.



La carne del cerdo tiene un sabor muy exquisito y se conserva salada por mucho tiempo. Se mantiene este animal de yerbas y raíces, que busca hozando la tierra con la dura extremidad de su hocico, en los pri-

meros meses que siguen á la lactancia; pero cuando se acerca la matanza, se convierte en un verdadero tipo de la pereza y de la glotonería. Tendido en un establo, sin levantarse sino para tragar el alimento que le dan en abundancia para engordarlo, llega á un estado de obesidad que le imposibilita para moverse y le convierte en una masa de carne estúpida y ridícula. La cerda puede parir dos veces al año y dá cada vez de diez á veinte lechones.

El javalí no es otra cosa que el cerdo en el estado salvaje; pero la misma necesidad que tiene de proveer á su alimento, le hace más bravo, mas ligero y más industrioso que el cerdo doméstico.



El perro es un animal que admira por su instinto y se hace apreciable por la fidelidad que guarda á su dueño, por cuya razon se le llama el amigo del hombre. Sirve de guardián de nuestras casas y de nuestros ganados y por

medio de la educacion se le hace apto además para la caza y para varios otros ejercicios. Jamás desconoce á su amo ni á los amigos de la casa y sabe distinguirlos de los extraños, á quienes ladra para ahuyentarlos.



El gato es un animal de perversas inclinaciones y de un carácter muy avieso; que el hombre admite en su casa tan sólo para que persiga de muerte á los ratones que roen nuestros papeles, nuestros vestidos y

nuestros manjares, y que llenando la casa con su fecundidad asombrosa, escaparian siempre á nuestra persecucion. Sin embargo, el gato cobra afecto tal vez á la casa que habita pero no á su dueño; es muy amigo de que le acaricien, pero corresponde con perfidia á los halagos. Atisba siempre nuestros descuidos para aprovecharse de ellos y es en fin tan maligno, que espera agazapado sin rebullirse por mucho tiempo y con una pacien-

cia extremada á la incauta presa; y cuando está á su alcance, se le echa encima y se entretiene dándole una muerte lenta. Á más del servicio que nos presta, sin querer, dando muerte á los ratones, otra cosa nos hace grato á este animal pérfido y es su hermosura unida á un aseo y pulcritud inimitables.



En los abrasados arenales del África sería imposible subsistir, si el cielo no hubiera hecho á sus

habitantes el beneficio de criar al camello, con cuya ayuda viven y viajan por aquellos inmensos desiertos. El camello tiene un depósito interior en el cual puede guardarse el agua por muchos dias sin corromperse, de donde el animal se la distribuye segun sus necesidades, á beneficio de lo cual pasa muchos dias sin beber. Tiene una fuerza prodigiosa y una mansedumbre á toda prueba. Puede andar trescientas leguas en ocho dias y descansa

por las noches sin que sea necesario tomarse el trabajo de quitarle la carga de encima. Dá una leche muy nutritiva y de su pelo se fabrican ricas telas. Á todas estas excelentes cualidades reúne la de contentarse con poquísimos alimentos, cual si conociera la escasez de aquellos pobres climas.

Lo que el camello es para los árabes, es el reno para los infelices lapones. ¿Cómo vivir en aquella tierra cubierta de hielo y sin vegetacion? El reno

suple al caballo, á la vaca y á la oveja, que no podrían vivir en aquellos ingratos países, pues arrastra unos carruajes llamados trineos, dá una leche muy sana, su piel curtida se vuelve un cuero muy suave, y á tantas ventajas que ofrece, reúne la de poderse mantener con un poco de musgo.



CUENTOS MORALES.

I. Buenas compañías.

Paseándome cierto día por un jardín ví á mis piés una hoja casi seca, que despedía un olor muy agradable. Recogíla y aspirando con placer su perfume le pregunté: ¿Tú que exhalas esta fragancia, serás tal vez la rosa? No soy la rosa, me contestó; pero he vivido mucho tiempo en su compañía y por eso despido tan delicioso perfume.

(Saadi, poeta persa.)

II. Las rosas y las abejas.

Adolfo cogió cierto día una rosa, pero se lastimó los dedos con las espinas. En otra ocasión, tuvo ganas de probar la miel de un

panal, y las abejas furiosas le picaron horriblemente.

¿Por qué, preguntó á su padre, las rosas siendo tan lindas tienen espinas tan punzantes, y por qué las abejas, que dan una miel tan dulce, tienen agujijones tan agudos? Hijo mio, contestó el padre, la sabiduría del Creador lo dispuso así, para recordarnos que áun lo mas hermoso y agradable de la naturaleza ofrece peligros á los que quieren disfrutar de ella sin discrecion y sin prudencia.

III. La corona de flores.

Una familia celebraba el aniversario del nacimiento de su digno jefe, venerable anciano cuyas sonrosadas mejillas formaban un hermoso contraste con sus cabellos blancos. Sus nietecitos adornaron su frente con una corona de rosas y lirios.

Satisfecho el abuelo con aquella demos-

tracion de cariño, les dijo: Esta corona es en verdad muy hermosa y me agrada mucho; pero la más hermosa corona para los padres y abuelos, es el tener hijos y nietos que se parezcan á la rosa por su hermosura y al lirio por su candor é inocencia.

IV. La cuerda.

Dos pequeños mendigos se disputaban la pertenencia de una cuerda que habian hallado en el camino. Jaime la tenia asida fuertemente por su extremo, Claudio tiraba con fuerza del otro. De repente se rompe la cuerda, y ambos rodaron por el suelo que estaba lleno de lodo. Un caminante, testigo de la escena, les dijo: Ya veis lo que sucede con frecuencia á los pendencieros, concluyen por hacer un papel ridículo y cubrirse de vergüenza, como ahora os encontráis vosotros cubiertos de barro.

V. *La cadenilla.*

Simon era un niño malo; cuando hallaba algún objeto lo retenia aunque no ignorase á quien perteneciese. Pasando una mañana por delante la tienda de un herrero, vió en el suelo una hermosa cadenilla de hierro. No tardó en echar mano sobre ella con ánimo de apropiársela; pero no bien la hubo cogido, cuando la soltó dando un grito agudo: La cadenilla se hallaba candescente y Simon se habia quemado lastimosamente la mano.

El herrero, que sabia las mañas del tal niño, y que intencionalmente habia preparado este chasco, salió á los gritos del rapazuelo, y se burló de él diciéndole que llevaba su merecido por quererse apropiiar los bienes ajenos.

VI. Las calabazas.

Andrés, hijo de un labrador, contemplaba loco de contento las calabazas de un hermoso amarillo que tenía colocadas sobre un armario y que le habían sido regaladas por su tío. Cierta día desaparecieron todas, cosa que le puso muy encolerizado. Fué á quejarse con su padre cuando este se disponía á partir para el mercado de la ciudad. Ya me incomodas con tus calabazas, contestó con aspereza el padre; véte á trabajar al campo, y luego sube al granero para remover con cuidado el monton de trigo de la última cosecha; y en cuanto á tus calabazas queda tranquilo que ya aparecerán.

Cuando el labrador volvió del mercado preguntó á su hijo: Andrés, has cavado el campo?—Sí, padre mio.—Has removido el trigo?—Sí, padre mio.—Has encontrado las calabazas?—No, señor, contestó con triste-

za Andrés; en vano las he buscado por todas partes.—Tú eres un imprudente mentiroso, exclamó el padre irritado. Escucha: yo quise probarte, y por eso, escondí tus calabazas en varias direcciones del monton de trigo. Si hubieras cumplido mis órdenes, de seguro las habrias encontrado. El hijo, confuso, suplicó á su padre que le perdonase. Consiento, por esta vez, contestó el labrador, si me prometes meditar y no olvidar nunca la siguiente máxima:

Tarde ó temprano llega el dia de vergüenza, que pone en descubierto al mentiroso.

VII. Amor al trabajo.

El anciano Roberto se hallaba sentado con sus nietecitos á la sombra de un gran peral que tenia plantado en frente de su casa. Los niños comían frutos del árbol y alababan su sabor y su perfume. Esto movió al abuelo á contarles la historia de aquel árbol.

Quejábame un día, dijo el anciano, de mi estado miserable á uno de mis vecinos que era muy rico. Este vecino, hombre honrado, me contestó que en este lugar habia enterrados más de cien escudos. Tomé al pié de la letra cuanto me dijo, y por la noche empecé á cavar la tierra hasta cierta profundidad; pero con gran disgusto mio no encontré ni un solo escudo. Al día siguiente, viendo mi vecino el hoyo que habia abierto, rióse de mi necia credulidad, pero me regaló un peral, aconsejándome lo plantase en el hoyo. Dentro algunos años, me dijo, verás como aparecen los escudos. El árbol fué plantado y con el tiempo se ha hecho el riquísimo peral que teneis ante vuestros ojos. La venta de los frutos que produce me ha valido ya más de cien escudos; ya veis que este árbol es un capital que rinde muy buenas ganancias. Así, os recomiendo, caros niños, la divisa favorita de mi apreciable vecino:

Sólo el trabajo conduce á la prosperidad.

VIII. La ribera afortunada.

Un padre y una madre vivían con sus dos hijos en una isla árida y desierta del grande Océano, donde habían sido arrojados por una tempestad. Alimentábanse de yerbas y de raíces; la cavidad de una roca les servía de habitacion.

Los niños habían olvidado todos los recuerdos de su primera infancia; no conservaban ya ninguna idea de lo que era el pan, la leche, los frutos, ni de las demás comodidades que nos ofrece el mundo.

Cierto dia abordó á la isla una pequeña barca conducida por cuatro negros. Este acontecimiento llenó de alegría á los padres. Pero no pudiendo la barquilla transportar al continente toda la familia á la vez, el padre fué el primero que quiso emprender el viaje. Al momento de la partida lloraban la madre y los niños; pero él les dijo: No lloreis:

pronto me seguiréis á la otra ribera donde todos estaremos mucho mejor.

Cuando la pequeña barca fué en busca de la madre, los niños quedaron sumamente afligidos; pero ella les dijo á su vez: No lloreis, hijos míos, porque nos veremos pronto en una comarca mejor. En fin el barquichuelo volvió por los niños, quienes temblaban á la vista de aquellos hombres negros, y de aquel espacio peligroso que era necesario atravesar. Pero cuál fué su alegría cuando vieron que sus padres corrían hácia ellos desde la ribera opuesta con los brazos abiertos! Y qué admiración fué la suya al contemplar las hermosas y grandes palmeras, el cespéd florido y los deliciosos frutos! El pueril temor que les habian ocasionado aquellos hombres negros era una cosa que les hacia reir despues con frecuencia.

Caros niños, dijo el padre, nuestro viaje de la isla á este hermoso pais nos ofrece una bellísima leccion. Todos nosotros ten-

dremos que hacer algún día un largo viaje; pero será para transportarnos á una comarca de delicias. La tierra entera es una isla que nos será preciso abandonar. El continente donde hemos desembarcado, es una imágen aunque imperfecta del cielo, donde debemos ir; el trayecto sobre el temible Océano es una figura de la muerte. Acordáos siempre, queridos niños, que la muerte es para las almas virtuosas el pasaje de este valle de lágrimas á la morada de los bienaventurados.

Medios de felicidad ofrecidos al hombre.

La felicidad de que podemos gozar en la tierra, no se halla seguramente en los bienes que se buscan con tanto afán, ni que se procuran con tantos peligros, que se pierden con tanta facilidad, y cuya posesion, dejando siempre en el alma un vacío que no pueden llenar, sólo engendra tarde ó temprano saciedad y disgusto.

¿En dónde la hallaremos, pues? Ah! en el conocimiento y en el amor del Señor soberanamente perfecto, que nos crió para amarlo y ser felices en su amor; en la estrecha union con Él; en una eterna abnegacion á su santa voluntad, conocimiento práctico, union de voluntad, herencia de las almas rectas y sencillas, mucho mejor que en esos pretendidos sábios, que se entregan á especulaciones estériles y á henchidos sistemas; en el amor de nuestros semejantes que forman la gran familia, cuyo padre es Dios, amor expansivo, caridad que todo lo abraza, y que haciendo á cada uno de ellos todo el bien de que somos capaces, derrama sobre y al rededor de nosotros la alegría, la paz, y el más dulce contento: en el estudio y en el espectáculo de la naturaleza, libro abierto á todos los hombres; de esa naturaleza tan viva, tan animada, tan llena de encantos á los ojos del que sabe descubrir en ella al soberano Bienhechor, que le dió cuantas

bellezas, gracias y riquezas contiene; de esa naturaleza privada al contrario de espíritu y de vida para el que tiene apagados los ojos del corazón, los únicos que pueden hacernos leer hasta en sus menores producciones los atributos del supremo Sér que la ha formado. Se halla por fin la felicidad en el goce de sí mismo, fruto de una conciencia pura y sin mancha, en la de un alma que pueda entrar en su interior sin vergüenza y sin remordimientos; que se vé en el orden y se complace en él.

Dios de bondad, origen de las luces más puras, verdad eterna é inmutable. Vos que nos juzgaréis, no segun las ciegas inclinaciones, ni las opiniones y costumbres de un mundo insensato y corrompido, sino conforme á las leyes santas y á la naturaleza de las cosas, ¡ah! haced brillar á nuestros ojos un rayo de esa sabiduría que puede por sí sola disipar nuestras ilusiones y nuestras tinieblas. Dios omnipotente, que

apaciguais las espantosas olas de la mar irritada, y que calmáis á vuestro arbitrio las tempestades, domad la violencia de nuestras pasiones, y restableced en nuestra alma el imperio de la razon y de la fé. Haced que esa divina sabiduría nos ayude á entrar de nuevo en nosotros mismos, y que nos enseñe lo que la experiencia debiera habernos dicho mucho tiempo ha; y, por fin, que nos guie para buscaros, para veros en todas las obras de la naturaleza, y para formar con todas las criaturas del universo un coro de alabanza, de honor y de gloria al que todo lo ha sacado de la nada, y que reina en la eternidad.

(Sturm.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FIN.





